

cuarenta lanzas, un cañon de bronce de á cuatro, siendo nuestra pérdida de un muerto y tres heridos. El 26 fué Suarez pasado por las armas, poniendo en libertad á varios que llevaba consigo. Añade que del 3 al 4 de marzo se esperaban otras tres compañías de Quetzaltenango. Guatemala no podia ver con indiferencia la suerte que habia cabido al teniente general Saravia, hombre que se habia conciliado durante su presidencia el cariño de los habitantes de aquel reino. Su hijo y familia eran unos fiscales que pedian venganza por la sangre de su buen padre. Influa (á lo que entiendo) y no poco, el arzobispo Casaus, declarado enémigo de la insurreccion, como lo probó con su anti-Hidalgo, diatriba tal, que no se habria escrito mas caústica y venenosa con hiel de demonios; sus cartas interceptadas (y que he visto) indican el deseo que respiraba de venganza, pues pedia en ellas á sus amigos de Oaxaca que le diesen razon exactísima de todos los que habian aprobado la entrada de Morelos en Oaxaca; pero sobre todo influian eficazmente los españoles fugitivos de aquella ciudad para que se reconquistase y volviesen al seno de sus familias y goce de sus bienes. Todo esto halló una acogida favorable en el presidente de Guatemala D. José Bustamante, gefe que habria precipitado á aquel reino á la revolucion, á no haber tenido por secretario y mentor á D. Alejandro Ramirez, que con sus consejos supo sufocar las semillas y primeros clamores de libertad que tambien se oyeron en aquellas remotísimas regiones. Confío, pues, la empresa de esta agresion á Dambrini, oficial viejo, y tanto, que algunos creian haberse hallado en la batalla de las Navas, y de tanta ciencia, que segun era voz pública, no habia leído mas libro que las Ordenanzas de Federico, sin estenderse á Vejecio, de consiguiente era hombre cruel, y deseoso de hacer muchas matanzas. Fué teatro de las primeras el pueblo de Niltpec, donde ejecutó (segun supe en Oaxaca) á veinticinco infelices. La noticia de su aproximacion no pudo menos de sorprender al gobernador de Oaxaca, * quien hizo ir á marchas for-

* D. Benito Rocha, coronel del regimiento de Orizaya, hombre modesto, caballero y digno de la estimacion del Sr. Morelos.

zadas al general Matamoros que á la sazón se hallaba en Yanhuitlan. En breve se presentó en Oaxaca con un batallon del regimiento del Carmen, dejando el segundo al mando del coronel D. Mariano Ramirez. Asimismo trajo el escuadron de caballería de dragones de S. Pedro, y parte de los cuerpos de S. Luis y S. Ignacio. A la noticia de su aproximacion, Dambrini tomó una posicion militar en un *texcall*, ó sea grupo de peñascos inaccesibles: casi todo el dia 19 de abril de 1813 estuvieron tiroteándose ambas divisiones, pero sin fruto alguno, hasta que á las cinco de la tarde el capitán D. Juan Rodriguez, jóven sobresaliente en el ejército de Matamoros, le propuso que iria á flanquear aquella posicion por la izquierda, trepando apenadamente con unos granaderos del Carmen, mientras que los del regimiento de S. Ignacio divertian á Dambrini con sus fuegos por el frente: de hecho lo hizo, y he aquí que cuando menos lo esperaban los enemigos se vieron enfilados con un fuego graneado que los puso en confusion é introdujo el desorden en toda la tropa. . . . ¡Jesus! exclamaron los negros de Omóa al verse con los granaderos encima cubiertas las cabezas con unos gorros que sin duda jamas habian visto. . . . ¡Jesus! ¡ahí están esos judios! entonces echaron á huir en la mas vergonzosa dispersion. No se necesitó mas para que á semejanza de una piara de cerdos se esparciesen por aquellos campos.

Matamoros, que aunque estaba contuso de bala en una pierna no habia faltado á sus deberes durante la funcion, hizo montar su infantería y mandó que se siguiese el alcance, como se verificó hasta mas allá de la llamada raya de Guatemala y Oaxaca. Caja militar, armamento y todo cuanto traía Dambrini, fué presa del vencedor. Algo me tocó de su frasquera, que me participó su vencedor.

Como los españoles emigrados habian creído segura la reconquista, y estos jamas se duermen para especular en sus comercios, traian consigo un rico convoy de cacao y añil para espenderlo en Oaxaca; mas todo lo perdieron. La division de Matamoros quedó sobradamente abastecida con el parque y armas tomadas, de modo que llegó entonces á tener el número de fusiles con que jamas habia contado.

El viénes 28 de mayo por la tarde, entró Matamoros en Oaxaca con el aparato de un triunfador. Adornáronse con cortinas las calles de su tránsito: introdujolo el ayuntamiento, que salió á recibirlo en coche y bajo de masas hasta el pueblo de *Santa María del Tule*, en la catedral donde se cantó un solemne *Te Deum*. Allí conocí y saludé por primera vez á este hombre que ganaba cada dia mayor celebridad: admiré el órden de marcha de su tropa, y no admiré menos la configuracion de su persona. Era un hombrecito delgado, rubio, ojos azules, picado de viruelas, voz gorda y hueca: fijaba continuamente la vista en el suelo: inclinaba un tanto la cabeza sobre el hombro izquierdo, y á juzgarse por aquel exterior propio de un novicio carmelita, nadie creeria que abrigaba un espíritu marcial. Dejose ver con uniforme grande de mariscal, y mostraba muy bien que no descuidaba del adorno de su persona. Entre las cosas tomadas á Dambriñi, se presentaron dos bellas imágenes de bulto, escultura preciosa de Guatemala, á saber, un crucifijo de mediana estatura, y una *Purísima*; habiéndolas dejado (no creo que por irreligiosidad, sino por necesidad de ocultarlas) dentro de un basurero.

Matamoros dispuso colocar la primera en la iglesia de capuchinas indias, y la segunda en la de las españolas. Convidó para una funcion solemne en la iglesia de las primeras, llamada de los siete Príncipes, y á esta funcion se le quiso dar el nombre de *desagravios*, no de otro modo que las que instituyó Felipe V después de la guerra de sucesion. Formóse la procesion en la casa del general, marchando detras de ella toda la division: yo fuí convidado, y tambien á cargar la imagen. Al entrar en la iglesia, Matamoros que iba enfermo de resultas de la espedicion, y que apenas podia andar, me dijo. . . . ¡Ay! cuánto pesa este Señor! . . . *Mas pesamos nosotros*, le respondí, *señor general*, y no obstante, él cargó sobre sus hombros todas nuestras iniquidades. . . . Es verdad, me dijo, y le hizo bastante gracia mi respuesta.

No sacó poca utilidad Matamoros de esta ceremonia, pues borro con ella las siniestras impresiones que contra la piedad americana habian estendido nuestros enemigos. Mucho importa pulsar la fibra religiosa del pueblo.

En estos dias, es decir el 16 de junio, hubo tambien otra fiesta que no dejó de imponer á los europeos, y fué la ocurrencia que Matamoros tuvo en el molino de *Llaguno* á dos leguas de Oaxaca, con motivo de la conclusion y bendicion del molino de pólvora que en aquel punto planteó D. Santiago Cock, anglo-americano. Matamoros no perdia momentos para activar las labores necesarias al surtimiento del ejército; así es que personalmente ocurría á la maestranza, entendia en el vestuario, y no se ocupaba menos en darle disciplina á su division. Hizo llamar al segundo batallon del Carmen, situado en Yanhuitlan, y su gefe acreditó que no se habia descuidado en darle doctrina.

El general Morelos, luego que supo la victoria sobre Dambriñi, procuró remunerar á Matamoros, promoviéndolo al grado de teniente general. ¡Ojalá y no hubiera hecho tal promocion, que habria evitado celos y rivalidades suscitadas muy luego entre otros oficiales que no se creian menos dignos de tan alta graduacion, y que tanto influyó en las desgracias de 1814! A solicitud suya le entré en solemne posesion de este empleo, y lo dí á reconocer á toda la division formada en la plaza de Oaxaca. En aquellos mismos dias fué la solemne bendicion de las banderas del regimiento provincial de aquella ciudad, y ambos fuimos padrinos de ellas. En el año siguiente, un jóven oficial que las guardó y conservaba despues de entrada la tropa española, fué fusilado de órden del general D. Melchor Alvarez. No se habria conducido de este modo otro gefe que hubiera estimado en sus quilates una lealtad tan acendrada. ¡Dichoso jóven, que bajó al sepulcro con la gloria que no pudo deturpar la tiranía! gloria que brillará y se hará recomendable cuantas veces se recuerde en las edades venideras. Llamábase D. *José Aguilera*. ¡Lealtad digna de un suizo!

Este aumento de fuerzas en el ejército del Sur hacia ya conocer la necesidad en que sus generales estaban, si no de hacer nuevas conquistas, á lo menos de recobrar algunos puntos perdidos por negligencia ó cobardía. Tal era el de Izucar, cuya importancia conoció el gobierno español, y por lo mismo trató de fortificar y guarnecer á toda costa. No lo conocia menos Matamoros, y ademas notaba que aquel era el plantel hermoso de

donde había sacado los soldados fornidos que mandaba, y que ciertamente no podían reemplazarse con los de la pacífica é industriosa provincia de Oaxaca, dedicados á la agricultura y cultivo tranquilo de la grana.

Propúsose por tanto recobrar á Izúcar, y al efecto dictó las medidas necesarias. El martes 16 de agosto salió de Oaxaca á la cabeza de su lucida division, tomando el rumbo de la Mixteca; yo le acompañé hasta las inmediaciones de la villa de Etlá, donde le dí el último abrazo, pues desde entonces dejé de verlo para siempre. Yo redacté su proclama de despedida.

Debió haber salido el dia anterior; pero formada la tropa en la plaza se suscitó un motin militar por piques entre soldados de diversos cuerpos, en disposicion de que iban ya á batirse unos con otros: cuando lo supo Matamoros, salió casi solo de su casa, se presentó en medio de ellos, y todo quedó tranquilo.

Dada idea del desgraciado ataque de Valladolid realizado por Verduzco (Carta 20, segunda época y primera edición), es tiempo de hablar de sus consecuencias. Estas fueron las mas tristes que puede concebir V., que me veo precisado á desarrollar por el carácter de historiador. Estoy en el caso de mostrar debilidades y flaquezas que quisiera ocultar, con la misma buena voluntad que Constantino las de los sacerdotes; mas repito que no es posible, ni menos dejar de llamar alguna vez al tribunal de la historia á los que motivaron tantos infortunios que todavía lloramos.

V.p. 315
 D. Ramon Rayon solicitó de su hermano D. Ignacio ir á parlamentar con Liceaga para reducirlo á sus deberes, pues la amistad de él le prometia este triunfo: de hecho partió de Tlalpujahua, llevando cuatrocientos ocho infantes y cuatro cañones, un obus chico de á cinco pulgadas, y poca caballería. Tengo á la vista copia de cartas que D. Ramon escribió á Liceaga desde Acámbaro, con fechas de 12 y 9 de abril de 1813, cartas que las tropas del rey interceptaron con el equipage de Liceaga en Rio frio en 16 de febrero de 1816, cuando este retrocedió de Tehuacan para Tierradentro por haber disuelto el congreso el coronel Terán. Por tanto estoy en estado de hablar con exactitud y pro-

piedad. Ya se sabe que en las cartas confidenciales el hombre muestra su corazon sin embozo, y pocas veces tiene lugar el artificio.

„Traigo (le dice en la de 9 de abril) conmigo, bandos, proclamas y manifiestos que desengañen á todos los incautos, y les hagan ver mas claro que la luz, aun á los mismos perversos, que mi hermano es justo, y que todos nosotros solo aspiramos al objeto que todo buen americano debe proponerse, esto es: el sacudimiento del tirano yugo, y la completa y verdadera felicidad de nuestra patria. ¿Y se conseguirá todo esto volviendo nuestras armas contra nuestros compatriotas, desacreditando á los legítimos gefes, y formando partidos facciosos que aniquilen y destruyan el sistema que nos habiamos formado, tan justo, tan útil y necesario? . . . Señor Liceaga, nuestra antigua amistad, el amor á la patria y el sincero deseo de la felicidad de V., me estrechan á que ponga esta familiar, suplicandole prescinda de unos proyectos cuyas consecuencias deben ser demasiado tristes: la menos es el derramamiento de la sangre de tanto noble americano: el reino dividido se desolará: los enemigos se reirán: ya se ha dicho en Valladolid y en otras partes la desavenencia entre los vocales del supremo congreso americano: están pendientes de nuestros mútuos combates para no perder el mas mínimo momento, y aprovecharse de nuestra guerra doméstica, para entre tanto fortalecerse y pertrecharse para hacer brillar su espada sobre nuestros cuellos. Los apasionados á nuestra justa causa conmueven sus entrañas, y respiran sus ánimos, dejándolos en equilibrio que debe sernos muy dañoso: los sábios nos juzgan ignorantes, los virtuosos, mal intencionados, y los malos, peores.”

Tales son entre muchas las reflexiones que D. Ramon Rayon hizo inútilmente á Liceaga. Cuando se acercó á Urué, de donde le dirigió la última carta, se encontró con una guerrilla de este: habló con la mayor parte de su division y con los frailes dominicos Saavedras, encargándoles mucho promediasen en esta diferencia: mas á lo que se cree hicieron lo contrario: quedose en aquel punto esperando la respuesta; mas viendo que era pasado con mucho el tiempo que señaló para recibirla, y sabiendo ade-

mas que Liceaga y los suyos se habían marchado en vez de acercarse, se entró en Salvatierra el día miércoles santo (14 de abril de 1813). El jueves santo se hallaba en los oficios sagrados, cuando supo que se acercaba Iturbide: dudó mucho sobre si lo aguardaría para batirse con él, ó se retiraría. El delito de que acusaban Verduzco y Liceaga á su hermano D. Ignacio, era de que estaba de acuerdo con el virey, por causa de la entrevista acordada con sus comisionados en la hacienda de Tultenango, de que hemos hablado en la Carta 16, primera edicion: si rehusaba la acción, he aquí que aumentaba una prueba á la malignidad de sus enemigos, para que se confirmasen en este errado concepto; por tanto se decidió á batir á Iturbide y á sacrificarlo todo por su reputacion de lealtad, á pesar de que traia mayor fuerza que la suya, este fué un gran conflicto: despues de averiguadas las disposiciones del enemigo, distribuyó sus fuerzas del siguiente modo.

BATALLA DEL PUENTE DE SALVATIERRA.

Colocó á su hermano D. Francisco Rayon fuera del rio, con ochenta infantes en unas casas llamadas del *Obrage*, con orden de no hacer fuego hasta no oír un cañonazo. Al oficial *Ruelas* lo situó en el vado llamado de *San Francisco*, con igual número de infantería y un cañon. Al oficial *Patiño* lo situó en el vado inmediato, con otro trozo de infantes; y á *Gonzalez* en el de San José, con otro de la misma arma. Rayon en persona se colocó en el mismo puente de Salvatierra con ciento cuarenta infantes y dos cañones.

Habíasele presentado allí un trozo de muy mala caballería, al mando del comandante Oviedo, al que mandó se situase en el cerro inmediato á la izquierda de Salvatierra, con orden de mantenerse allí oculto hasta nueva orden. Aunque vea V., le dijo, que me derrotan, no se mueva de ese punto. . . . Talés fueron los términos precisos de la orden. Para evitar un abance reció de la caballería del enemigo, hizo amarrar en distancias unas fuertes reatas. En esta actitud se mantuvo hasta que *Iturbide* echó una guerrilla de caballería para reconocer los vados; pero esta fué brevísicamente batida por D. Francisco Rayon desde el pun-

to del *Obrage*, retirándose al grueso de la division. *Iturbide* entonces dividió su fuerza en tres trozos, echando uno al vado que estaba arriba del puente: el centro donde se hallaba él lo dirigió al puente mismo, y el otro lo echó á los vados de San Francisco y San José; mas todos tambien fueron rechazados en poco tiempo con mucha pérdida. Viéndolo puesto en desorden D. Ramon Rayon, salió con su fuerza á perseguirlo hasta cerca de la hacienda de Santo Tomás, que distaba de allí cerca de una legua, y se retiró al puente, seguro del triunfo. Entonces Oviedo, sin orden suya y por ganar *prez* en esta lid, quiso abanzar sobre *Iturbide*, metiéndose en un callejon que formaba una cerca de piedra. Recibiolo la infantería enemiga con un vivo fuego por vanguardia y costados: Oviedo se puso en fuga, y tras de él abanzó *Iturbide* con su tropa en pelotones, uno de los cuales bajó al vado. Rayon por no matar la gente de Oviedo, cortó las reatas para dejarla pasar: tornó á hacerse firme en aquel punto, y volvió á rechazar á *Iturbide*; mas previendo que observado este desorden por los comandantes americanos situados en los vados, les haria creer que estaba derrotado, les mandó orden con el ayudante D. Pedro Paez para que se mantuviesen firmes en sus posiciones: no lo hizo este así, sino que tomó la fuga, por lo que abandonados dichos puntos, se retiraron de ellos creyéndolo todo perdido. *Iturbide* se aprovechó de esta retirada, y penetró hasta la plaza. Viéndose Rayon solo formó su trozo en columna, y marchó por la calle de Capuchinas al molino, sin que osara *Iturbide* perseguirlo. Dirigióse despues al puerto de Ferrer para reunir allí á sus dispersos, y de este punto se dirigió á la hacienda de la Encarnacion, donde permaneció tres dias; finalmente, de allí se retiró con mas de trescientos hombres que pudieron reunírsele, sufriendo la pérdida como de ciento setenta entre muertos, prisioneros y dispersos, pues de los primeros no llegaron á cuarenta.

Cuando ocurrió el desorden en el puente por la caballería de Oviedo, se hallaba al costado derecho de D. Ramon Rayon, D. Manuel Fernandez de Sansalvador, el cual murió atravesado de una bala junto al cerebro, juntamente con otros dos oficialitos

jóvenes (*Galvan y Fernandez de la Somera*), mas tan valientes y dignos como el primero. Era aquel niño amabilísimo y modelo de prendas debidas á su educacion cristiana, así como á su noble índole. Amaba á su patria ardientemente, y solo el impulso irresistible de este fuego sagrado, pudo hacerlo huirse de la casa de su padre para engrosar las filas de los ilustres defensores de la libertad pública; esta fué la única pesadumbre que le causó en sus dias.

Mil veces oí de su boca razonamientos que arrebataron mi corazon, y no me cojió de nuevas el que se hubiese fugado de México, pues ya habia notado en él deseos vehementísimos de deramar su sangre en el campo del honor. *Iturbide* admiró siempre esta batalla, que fué causa de su engrandecimiento, pues por ella lo hicieron coronel del regimiento de Celaya, y jamas quiso creer que Rayon le hubiese batido con tan poca gente. Fusiló solos diez y ocho hombres, y no trescientos, como estampó en sus partes por grangearse nombradía entre los españoles. Así lo aseguró muchas veces el mismo cura de Salvatierra, cuya decision es como de oráculo en la materia pues que los sepultó; mas este sacrificio lo hizo en viérnes santo, y por tal circunstancia es muy de notar en un hombre que preciaba de cristiano, que se desdeñaba de tratar con *excomulgados*; que se creia vengador del honor de Dios y de la religion de Jesucristo, que detesta las violencias y efusion de sangre, y de un Redentor que en ese mismo dia se inmoló por nuestra salud en un patíbulo afrentoso. Donde verdaderamente fusiló trescientos americanos, fué en la hacienda de Pantoja, destacando trece partidas de soldados para que recogiesen, como lo hicieron, á otros tantos paisanos y lugareños infelices y pacíficos, que reputó por criminales. Personas veraces y que no tienen interés en acriminarlo, deponen de este hecho atroz y vergonzoso. No lo fué menos el que en este aciago dia ejecutó pasivamente Liceaga, pues se mantuvo espectador en la hacienda de San Nicolás, distante tres leguas de Salvatierra, observando con el anteojo y vista natural los fuegos. Sus soldados inquietos le exitaban á que avanzase, ya que no á auxiliar á D. Ramon Rayon, á lo menos á tomarse el rico com-

boy de platas de Guanajuato que allí habia dejado *Iturbide* con una corta escolta; pero Liceaga impuso pena de la vida al que se moviese, y de este modo ni se hizo de aquel tesoro, y se concilió el odio y desprecio de la nacion. A tal punto llega esta passion, por la que entonces sacrificó la libertad de su patria y la precipitó á una esclavitud de que ya se lisongeaba haber salido. Tal fué su suerte, pues al fin fué fusilado por los mismos americanos que jamas olvidaron este hecho. Yo me corro cuando escribo estas líneas, y sudo como si cabara; mas debo hablar la verdad.

Como las malas nuevas se propagan con la rapidez que el crepúsculo, en breve llegó la noticia de esta desgracia á México, mezclada con la fabulosa de que *Verduzco* y *Liceaga* se habian indultado. La conducta del primero daba mérito para creer verdadera esta falsedad: por tanto, el brigadier D. Joaquin del Castillo y *Bustamante*, que se habia mantenido en Toluca con mil y quinientos hombres de buena tropa en asechanza del campo del Gallo, cerca de *Tlalpujahuá*, y que convencido de la ventajosa posicion de él y fortificacion regular, no se habia atrevido á atacarlo, creyó que este era el momento mas oportuno de conseguirlo con buen éxito, y así es que rápidamente movió su campo.

D. Ramon Rayon recibió en el pueblo de *Tarandacuau* aviso de su hermano para presentarse á auxiliarlo: no era su ánimo verlo hasta no haberse reparado de una pérdida que le parecia ignominiosa; mas cediendo á las circunstancias avanzó hasta *Tlalpujahuá* haciendo una marcha forzada.

SITIO Y ABANDONO DEL CAMPO DEL GALLO.

Tengo á la mano un diario de las ocurrencias de esta campaña, y por el consta que el 20 de abril avanzó *Castillo Bustamante* al Real del Oro á una legua de *Tlalpujahuá*: que mandando una partida á reconocerlo, la dispersaron los americanos: que al siguiente dia se presentó por *Tlalpujahuá* á reconocer el campo, y en el mismo se retiró á S. Felipe del Obraje: que á los cinco dias se presentó ya sobre el campo del Gallo con dos mil hombres, seis cañones y dos obuses: comenzo á estrecharlo en términos de quitarle el agua llamada de los Remedios, por lo que los sitiados

quedaron bebiendo del hundido de una mina vieja que estaba allí inmediata.

Sabido esto por el enemigo, trató de emboscar una noche un trozo de infantería para sorprender á los aguadores; pero en lugar de estos mandó Rayon unos fusileros á sacarlos de la emboscada: travóse allí una cruda accion en que fueron completamente batidos los españoles: los que quedaron vivos de estos, hundieron los cadáveres en la fosa de la mina de donde se tomaba el agua, lo que no se advirtió por Rayon hasta el siguiente dia. Ignoraba esta ocurrencia cuando se le presentó un indio haciéndole esta pregunta. . . . *¿Te morirás, señor, si bebes el sangre del cachopin?* No lo entendió al principio, pero á poco comprendió la causa de la pregunta. No hubo remedio, la guarnicion del fuerte tomó de aquella agua, por lo que le entró un gran desaliento, á pesar del ánimo que habian recobrado, resistiendo á un asalto brusco que dió el enemigo, en el que jugó con mucho acierto la artillería de Rayon, y principalmente la chuza de cañones inventada por él mismo cuya exacta descripcion hice en la carta 17 de la segunda época, primera edicion.

Castillo Bustamante colocó su fuerza en cuatro campos, unos á tiro de cañon, y otros á tiro de fusil, y á pesar de su aproximacion nada hizo de provecho. Rayon sediento con su ejército, y devorado por esta privacion mas funesta que el hambre, trató de retirarse evacuando el punto: quemó las cureñas de los cañones, y enterró los chicos en una mina vieja inmediata. Cuando estuvo á punto de verificar la retirada, trazó el modo de dar fuego al parque, que era harto, lo que ejecutó colocando en una porcion de pólvora á granel una vela, de la que ató varios estopines. . . . Aun me estremezco (me decia D. Ramon Rayon) cuando me acuerdo de esta operacion arriesgadísima. Salióse por tanto la division en el silencio de la noche sin ser sentida del enemigo, y seguramente tuvo el primer aviso de esta retirada por la horrible detonacion que hizo el parque cuando ya habian andado una legua los americanos. Al llegar al primer arroyo se perdió la formacion militar pues cada hombre se tiró de bruza y procuró beber el agua que pudo. El campo enemigo al incen-

dio de la pólvora multiplicó sus descargas; pero llegó el dia, observó el campo, y se halló chasqueado. Rayon se retiró á Zitácuaro hasta que llegó Bustamante en su persecucion. El dia de su llegada se le escaramuceó en las barrancas llamadas *del Hoyo de la arena*. Como por falta de fuerza no se le podia esperar en la villa, se retiró Rayon en la noche para la hacienda que llaman de los *Ahorcados*, quedando Zitácuaro yermo por temor de aquel tigre. Marchó la division hasta Tusanlla de donde se separó D. Ramon Rayon con solos diez y siete hombres entre asistentes, oficiales y domésticos, y marchó para el Bajío á fin de organizar una nueva division, empresa que consiguió dentro de breve tiempo: su hermano D. Ignacio marchó á la provincia de Valladolid.

Tal es la cadena de males y desdichas que acarreo sobre nuestra patria la division de opiniones entre sus principales gefes. Yo querria que este triste ejemplar no se perdiese de vista por los que en el dia intentan dividirnos para proporcionar el triunfo á nuestros antiguos enemigos, triunfo que no podrán conseguir ciertamente, sino á merced de este arbitrio. Debo advertir de paso que aunque Verdúceo y Liceaga intentaron seducir al viejo Villagran para que se les uniese, y este trató de hacerlo mismo con Osorno, yo lo impedí haciéndole entender por medio del Sr. Morelos, que interpelado para ello trabajaba desde Acapulco en reunirlos, como despues veremos. Examinémos ya rápidamente otros infortunios ocurridos sobre esta desventurada nacion en aquellos dias en que los gefes de los americanos se volvieron locos, y pareció que se empeñaron en perderse, renunciando á la cordura. ¡Ay de mí! Son tantos sus desaciertos, que mis ideas se atropan, y no sé como coordinar su exacta relacion.

ESPECION DE OSORNO SOBRE EL PUEBLO DE ZACAPUAXTLA.

Mientras existió la revolucion, los americanos de Zacatlán anduvieron como perros y gatos con los de Zacapuaxtla, causándose recíprocamente todos los daños posibles. Envanecidos los indios

con sus primeros triunfos, debidos menos al valor, que al local ventajoso de su pueblo y á la impericia y desórden en acometerlo de los insurgentes, se hicieron terribles y ejecutaron muchos robos y atrocidades, de modo que en Zacatlán el nombre de Zacapuaxteco, importaba tanto como en Chihuahua el de Apache. Alentábanlos además algunas personas eclesiásticas que los excitaban á las matanzas, invocando el nombre de Ntra. Sra. de Guadalupe, cuando les habría estado mejor el de enseñarles la doctrina evangélica: sus triunfos se reputaban milagrosos: su lealtad al rey acendrada y su insensatez llegó á tanto, que osaron decir que cuando toda la América sucumbiese al partido de la revolucion, Zacapuaxtla se mantendría unido á la corona de Castilla, y de sus ásperas montañas, así como de las de Asturias saldría un caudillo que lo avasallaría todo y pondría á disposición de Fernando VII. Menos, pues, por amor á la causa de la libertad, que por un ódio devorador, resolvió Osorno, instigado del coronel Bocardo, que lo alentaba con la esperanza del saqueo, á emprender esta expedicion que constantemente desaprobé. Hízose la reunion fuera de Zacatlán, y marchó compuesta de mas de mil hombres con cuatro cañones y dos compañías de infantería, que con muchos afanes acababamos de levantar. Empezóse el ataque por diferentes puntos del pueblo el 28 de abril, pues el 27 casi se pasó en reconocimiento y tiroteo al aire. Al siguiente, dada la señal de acometer, lo hicieron por el punto de Teocaleo: la infantería coronó la loma de *Chixtecuaco*, y el grueso con la artillería bajó por Patempanapam. Casi era seguro el triunfo cuando fué muerto el capitán de la escolta de Osorno, Epitacio García, pérdida que llenó de pavor á sus soldados, y los predispuso para la fuga que hicieron luego. Conociendo los indios su acobardamiento hicieron una salida vigorosa que produjo la dispersion y pérdida de la artillería: conocí á este oficial, era un campechano tan honrado, como sencillo y valiente. Cuando caminaba yo para Oaxaca en esos dias, encontré muchos dispersos, y me confirmé en el concepto de que los insurgentes del Norte darian poco provecho á la causa de la nacion. Desde esta época fué casi general el desconcepto de la division de Osorno. Querier ataca

car puntos montuosos y bien fortificados con caballería! He aqui uno de los mayores absurdos que pudieran caber en la cabeza de un delirante.

Estos son los milagros que se atribuyeron por el padre Valle á nuestra Señora de Guadalupe de Zacapuaxtla, y que por iguales causas y principios se multiplicaron casi por toda la América. No fueron de la misma naturaleza los que hizo en el año de 1815 D. Cirilo Osorno, cuando hizo salir mas que de trote y bien molidos á aquellos indios en *Tetela de Xonotla*, á pesar de que se efugiaron en la iglesia, y saquearon (como leales vasallos del rey Fernando) la casa del padre cura D. José Antonio Martínez de Segura sin dejarle ni una olla en la cocina.—A Dios.

